

era para ella menos que un anciano mendigo? ... Una vez que bebe, el tío Jorge se recuesta junto á la fuente, poco á poco, por pedazos, como si arrojara al suelo sus miembros uno detrás de otro. Saca un pan de su levita agujereada y hecha hilos, lo pone sobre una piedra inmediata y cerrando los ojos, aunque sólo á medias pues defiende su pitanza contra las moscas y un atajo de asquerosos insectos enemigos de sus paradas de vagabundo, y se adormece, con una mano en el pan y otra en el garrote.

Ricardo no duerme. Acabáronse las buenas siestas de antaño. Ahora se entretiene en mirar y oír, ó través del camino el pesado sueño de aquel pordiosero por el cual siente ternura, pues era el pobre de Lidia, y á él fué quien por último habló, poniendo en su mano agrietada y áspera la carta de despedida que la Sra. de Fénigan no ha querido nunca enseñar á su hijo. De repente se le ocurre que á falta de esa carta el pequeño escritorio de su mujer, que está arriba en su cuarto, contiene tal vez otras igualmente curiosas. ¿Cómo es que no ha tenido antes la tentación de buscar?

En un momento fué á dar con Rosa, le pidió la llave, vió la silueta de Alejandro saltar por la ventana del cuarto de la ropa blanca abierto sobre

el parque y subió muy de prisa la pequeña escalera cubierta con lienzo de Génova de grandes flores. Allí está delante de un lindo mueble de labor antigua cuya cerradura hace saltar, embriagado de pronto por el olor de azucena que le recuerda á la ausente mejor aun que las arias de Pergoleso ó de Beethoven. Ricardo busca y rebusca con sus gruesos dedos calenturientos. Ya ha descubierto cartas de su madre y suyas propias, de la época en que hacía la corte á la huérfana, algunas misivas de Sor Marta durante una estancia de la religiosa en Dublín y después, conservadas preciosamente las dos cuentas de su cena y de la noche de fonda, la noche de la Ópera. ¡Pobre Lidia, como se veía que no le sobraron ocasiones de placer!...

Ahora, un sobre grande donde se encuentran una miniatura de marfil en un estuche y tres cartas en que reconoce la letra fina y astuta de Carlejo. Desde las primeras líneas se estremece, sus mejillas se cubren de sangre al adivinar el infernal manejo del príncipe para decidir á Lidia á seguirle; hacíale comprender lo odioso de su existencia entre el gran Pum-pum y la Sra. Lirón, la que recoge manzanas: así llamaba á Ricardo y á su madre. ¡Qué monstruo! nada se le escapa, ni las manías, ni las anécdotas repetidas é intermi-

nables; y qué bien sabe exaltar las vanidades de la joven, sus pretensiones de nobleza, su inclinación á los viajes y las aventuras! ¡ qué bien sabe hacerle creer que se ahoga en aquel pedazo de Sena, entre dos esclusas!... ¡ Y acusan á Lidia de haber abusado de sus diez y ocho años! El principito tiene un siglo, con más la experiencia de una antigua bailarina y de un mal sacerdote. No, no fué ella quien lo corrompió ni lo robó; esas cartas lo prueban....

¿ Pero quién es, en un marco minúsculo, ese niño robusto y espléndido, completamente desnudo sobre las flores de una alfombra? ¿ De quién es? ¿ Quizás el suyo? ¿ Pero cuándo, dónde, cómo? si nunca se ha ausentado... Y el pobre marido, cuya carencia de paternidad era la pena constante, sigue buscando, examina las facciones de la miniatura, los bucles de oro rizados, los ojos de piedra fría del que supone un bastardo del monstruo. Pues bien, no, es el monstruo en persona, una fantasía del general ese retrato de Carlejo á dos años, un modo de decir á las mujeres extasiadas ante la desnudez del hermoso varoncito: « He ahí cómo los hago... » mientras que el príncipe, regalando á su querida ese medallón de su primera infancia, parece insinuarle: « He ahí cómo soy. » En el fondo del estuche, debajo del

retrato, una carta más íntima, más ardiente aunque las otras y en la cual están esas explicaciones. Al leerla Ricardo se pone súbitamente pálido, agitado por movimientos nerviosos, sintiendo en la boca del estómago una horrible contracción. Sus ojos se enturbian, dejan de ver, como si los cegaran relámpagos interiores que los cruzan.. El veneno, el veneno de los celos... todavía no le era conocida, la atroz picadura... Lidia huída y perdida, eso es lo único en que se había fijado hasta entonces; pero ahora piensa en el otro, en el que se la ha robado, en sus delirios y caricias... Y el pobre celoso sigue leyendo. No quisiera hacerlo, pues cada palabra le desgarrá el alma; pero continúa... es como una deliciosa ponzoña que una calentura perversa le obliga á beber, á beber....

Para lograr que Lidia se decidiera á partir, el amante se queja en frases ardientes de que sus noches de la *isba* son demasiado oscuras; está cansado de poseerla á tientas, en la sombra, en el sobresalto, con los perros que husmean á la puerta. Es verdad que hay el atractivo del peligro..... Ah, el beso de la vispera en la escalinata de Granburgo, aquel beso con toda la boca, tan dulce, tan profundo, que durante cinco minutos los dejó á ambos vacilando, con los rodillas sin vigor...

Pero con todo, la primera noche en la cámara del yacht será mejor todavía. Una noche alegre y sin sueño, sin inquietud ni pudor, nada entre ellos, nada ocultando sus carnes; sólo besos y luz. Pasará como en la malagueña de la amante católica que cuchichea junto á la boca de su galán: « Apaga, oh, apaga... basta con lo malo que hacemos; pero no quiero conocer el pecado de la vista. » Y luego, en alta voz, arrebatada por el placer: « enciende, amigo, enciende. También quiero cometer el pecado de vista, cometerlo con todos los demás. »

... El infeliz se pone en pie, recorre su cuarto con furia, agitando sus manos repletas de matanza. Las abominaciones que ve, las cosas que llenan sus ojos de horrores, y que ya no podrá dejar de tener presentes. « ¡ Ah, miserable principillo, ah, bandido!... ¿ á dónde la llevó? ¿ dónde la oculta? Si pudiera saberlo, tenerlos ahí, caerles encima... Toma, toma! » y con su tacón rompe, reduce á polvo el medallón de marfil, creyendo macerar carne desnuda y vida... Pero ya ha bebido el veneno, que lleva en la sangre que no le volverá á dejar reposo.

Aquella noche en el salón, al colocar las piezas del ajedrez á la luz tranquila de la pantalla, la Sra. de Fénigan miró á su hijo con sonrisa de

tranquilidad y satisfacción: « ¡ Qué bien estamos aquí; ¿ no es verdad que somos felices de estar juntos? »

¡ Si imaginara lo que él está viendo, las escenas que surgen en su mente !

UNIVERSIDAD DE GUAYO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO